

ARGENTINA

¿POR QUE 30 AÑOS DE CONCENTRACION, SAQUEO Y GENOCIDIO?

El 30 de marzo se cumplen 30 años del golpe militar que destituyó al gobierno de Isabel Perón, y que marcó el inicio de un inédito y brutal proceso de regresión global de la sociedad argentina. Basta con señalar que desde 1975 a hoy, la población total creció alrededor de 12 millones, pero los pobres pasaron de dos millones de entonces a más de 15 millones en la actualidad. El PBI por habitante se mantiene al mismo nivel de entonces, con una acentuada desigualdad en la distribución del ingreso. Y los niveles salariales están hoy a menos de la mitad del que tenían a comienzo de los años setenta.

De ser la sociedad más igualitaria de América Latina, con una extendida clase media y significativos avances educativos, sociales y laborales, producto de décadas de movilidad social ascendente; se pasó a un lamentable situación donde todas las variables representativas de la calidad de vida de los argentinos han retrocedido: desempleo y subempleo masivos, trabajo precario, deterioro salarial, pobreza e indigencia generalizadas, abandono de numerosos sectores de la población a la “mano invisible” del mercado para acceder a los servicios elementales (incluyendo a los segmentos más débiles y vulnerables, como los niños, los ancianos, los enfermos, etc), con una pronunciada movilidad social descendente, que destruyó el tejido social existente tres décadas atrás.

Es un momento oportuno para realizar algunas reflexiones acerca de lo sucedido desde entonces, tratando de responder el interrogante del título desde dos perspectivas. En primer lugar, fundamentando la afirmación (que para algunos puede parecer exagerada) de que sufrimos tres décadas por la aplicación sistemática de un proyecto de concentración, saqueo y genocidio, en un proceso que aún hoy continúa vigente. En segundo lugar, buscando explicaciones sobre cómo pudo suceder la continuidad de este proyecto aún sin dictadura, teniendo en cuenta que llevamos ya más de veinte años de vigencia de democracia en la Argentina.

1) POR QUE HABLAR DE CONCENTRACION, SAQUEO Y GENOCIDIO

En la enseñanza habitual desde nuestras cátedras de Economía Política, hablar de CONCENTRACION es referirnos a un fenómeno típico del desarrollo histórico del capitalismo. Sin embargo, en el caso de la Argentina desde mediados de los 70, la concentración ha adquirido ribetes impensables. El ingreso, la riqueza, la propiedad de los medios de producción, los mercados, el dinero, el comercio exterior, etc, han sido captados por un reducido sector de gran poder, que alteró radicalmente la estructura económica y social.

Como afirmaba en un artículo anterior (1), en el lapso aludido “nuestra estructura económica, basada en la industrialización sustitutiva, se modificó profundamente. Se reprimarizó (avanzando el peso de los sectores primarios en el total del producto), se desindustrializó (disminuyendo la incidencia de las manufacturas, en especial las de mayor complejidad y valor agregado), se concentró (en un núcleo privilegiado de grandes grupos económicos), y se extranjerizó (con un aumento significativo de las empresas transnacionales en las principales ramas de la economía). En síntesis, nuestro sistema económico se hizo más concentrado, vulnerable y dependiente”.

Y agregaba allí que “ese proyecto funcionó a partir de la captación (que hizo el poder económico) del excedente generado por la economía argentina, vía las rentas del privilegio. No hubo un genuino proceso de acumulación capitalista basado en ganancias de mayor productividad tecnológica, sino más bien fueron ingresos logrados como contrapartida de posiciones privilegiadas, a costa de actividades rentísticas, corruptas y parasitarias. Podemos mencionar fundamentalmente a la obtención de elevadas rentas financieras, a la apropiación de los activos públicos y al control de mercados cautivos, a la transferencia de ingresos por la brutal caída de los salarios reales, y a la captación de la renta primaria (agropecuaria, minera, petrolera, íctícola, etc)”.

Lo grave de este proceso aparece cuando a la profundización de la concentración, se suma un nuevo fenómeno que va a caracterizar el comportamiento de los sectores dominantes en la Argentina: el SAQUEO. Esto significa que el poder económico trasladará al exterior gran parte de las riquezas apropiadas, usando diversos mecanismos. Por un lado, la forma tradicional de salida de capitales (remesa de utilidades de las empresas extranjeras, pago de intereses y de regalías, etc), y por el otro, la masiva fuga de capitales, por parte de argentinos que llevaron sus ganancias fuera del país.

Particularmente importante fue la fuga masiva de capitales que se produjo durante el 2001, último año de la convertibilidad, donde la complicidad de la banca privada, el FMI y el entonces ministro Cavallo, posibilitaron la salida de alrededor de 30 mil millones de dólares, proceso que fue investigado por una Comisión Especial de la Cámara de Diputados de la Nación (2). También es significativa la cifra que surge de ese y otros trabajos, que muestran que la contrapartida del fenomenal endeudamiento externo argentino fue la fuga de divisas, que representó casi un 90 % de la deuda total.

Existen valiosos trabajos de investigación que demuestran con gran cantidad de información, el avance de los procesos de concentración y saqueo que caracterizaron la realidad argentina, y que continúan hasta hoy sin visos de cambios sustanciales. Para ello se puede consultar los numerosos estudios realizados por el equipo de economistas de FLACSO (Azpiazu, Basualdo, Schorr, etc), el Instituto de Estudios y Formación de la CTA (dirigido por Claudio Lozano), y otros importantes aportes (como los de Alejandro Olmos, Mario Cafiero, Julio Sevares, Alejandro Rofman, etc). Considero que todos esos textos deberían ser bibliografía básica en todas las instancias de educación y formación de la Argentina, y que merecen una amplia difusión por su mirada crítica frente al universo (“único verso”) del discurso neoliberal del establishment.

Pero ni la concentración ni el saqueo mencionados, fueron producto de la casualidad o del fatalismo histórico. Hubo un proyecto promovido por los sectores más poderosos de la Argentina (fracciones de la gran burguesía transnacionalizada, aliados al capital financiero internacional y a las empresas extranjeras radicadas en el país), que comenzó antes del 30 de marzo del '76, que cobró un inusitado dinamismo con la última dictadura militar, y que coronó en su faz de mayor destrucción durante la década menemista del '90. El Dr. Néstor Forero, en una descarnada presentación síntesis de lo ocurrido entre 1975 y la actualidad (3), demuestra no sólo los mecanismos de la entrega, sino también señala a los principales responsables y promotores.

También Forero incursiona en el tercer elemento del proyecto dominante que comentara al comienzo: el GENOCIDIO. Según el diccionario, genocidio es el “exterminio o eliminación sistemática de un grupo social por motivo de raza, de etnia, de religión, de política o de nacionalidad” (4).

Y en la Argentina hemos asistido a un proceso de estas características, que presenta diversas aristas, y que es la lógica contracara de la concentración y el saqueo de riquezas. “Este genocidio que sufre la sociedad argentina, se inició con la feroz represión de la última dictadura militar, pero continuó por otras vías durante los más de veinte años de democracia. Esto se puede sintetizar en un dato alarmante que no requiere mayores comentarios: en la Argentina mueren por año más de 30 mil personas, por causas evitables generadas por la aplicación del proyecto depredador. Y quienes sobreviven, lo hacen en su gran mayoría en un estado de deterioro brutal de sus condiciones de vida” (1).

La duda se presenta para muchos, al analizar los últimos años de la Argentina, desde el fin de la convertibilidad, y en especial desde que asume el actual Presidente Kirchner. ¿Terminó el proyecto neoliberal, de concentración, saqueo y genocidio? ¿Asistimos a un nuevo ciclo histórico, en dirección a la recuperación y el desarrollo de la sociedad? Lamentablemente, los hechos señalan que lo esencial de ese proyecto continúa vigente: la concentración se mantiene en todos los frentes de la economía (finanzas, comercio exterior, industria, servicios públicos, sector primario, etc); el saqueo sigue adelante (salida de divisas por remesa de utilidades, pago de intereses de la deuda, saqueo de nuestros recursos petroleros, mineros, ictícolas, etc); y el genocidio no se ha interrumpido (elevada pobreza e indigencia, bajos ingresos en la gran mayoría de la población, grave deterioro de los servicios públicos, enorme desigualdad en la distribución de la renta nacional, etc).

Nadie puede negar, sin embargo, la notable recuperación económica de los últimos años. ¿Qué cambió, entonces, en la economía argentina, en relación a lo vivido hasta la crisis del 2001-2002? Principalmente la fuente de extracción del excedente y la base para el saqueo de nuestras riquezas: en lugar de asentarse en más endeudamiento externo (como sucedió hasta el fin de la convertibilidad), el proyecto actual se basa en profundizar la superexplotación de los trabajadores y la sobreexplotación de nuestros recursos naturales (ayudado por una coyuntura internacional excepcionalmente favorable a la economía argentina, que no se mantendrá por mucho tiempo).

2) COMO PUDO CONTINUAR ESTE PROYECTO EN DEMOCRACIA?

El segundo interrogante planteado al comienzo es sobre cómo pudo concretarse este proyecto depredador, terminando con todos los avances logrados por la sociedad argentina durante décadas. Y cómo pudo mantener su rumbo, aún cuando ahora tenemos la posibilidad de elegir libremente a nuestros propios gobernantes.

Está claro que fue necesario iniciar este camino de retroceso inédito, a través de una sangrienta y gigantesca represión llevada adelante por la última dictadura militar. La política implementada a partir de 1976, rompió con los principales pilares del modelo socioeconómico vigente hasta entonces: del estado paternalista, de la industrialización por sustitución de importaciones, de inclusión del grueso de la población y de la movilidad social ascendente. Y para lograr esa refundación regresiva de la sociedad, fueron necesarias la crisis y la represión.

Pero con la excepción del intento realizado en el corto período del ministro Grinspun en la cartera económica (dic '83 a feb '85), el retorno a la democracia y los más de veinte años de su vigencia, no alteraron la esencia del proyecto dominante. ¿Qué sucedió? ¿Falló la democracia? ¿Falló el sistema político? ¿Fallaron los dirigentes? ¿No se quiso cambiar, o no se pudo?

Obviamente que las respuestas a estas preguntas son variadas y subjetivas, y salimos del terreno exclusivo de la economía política, para incursionar en un contexto más global.

En primer lugar, debe reconocerse que la capacidad del Estado y de quienes detentan el gobierno desde el retorno a la democracia (1983), está muy limitada frente al poder dominante y al control que ejerce sobre los sectores claves del mercado. Además, ese poder se potencia con el manejo de los grandes medios de comunicación, que imponen una visión de la realidad que es funcional a sus intereses, y que procura “naturalizar” el nuevo escenario de concentración de riquezas y marginalidad social.

En este contexto, la actitud de la mayoría de los dirigentes de los partidos con responsabilidad de gobierno, frente a una correlación de fuerzas desfavorable a los sectores populares, han optado no sólo por reconocer esa realidad, sino por renunciar a los proyectos de cambio social. Y la sociedad argentina, poco a poco, va perdiendo las esperanzas y rebajando las expectativas en que la democracia y sus gobernantes le resolverán sus principales problemas.

¿Por qué se llega a esta incapacidad de los gobiernos democráticos para resolver los graves problemas de la sociedad, sean del partido que sean?

En realidad, si se considera lo que ha pasado en la Argentina en las últimas tres décadas (contando también el gobierno de la última dictadura), se advierte una caída sostenida y un deterioro permanente de la situación económica y social. Ese deterioro ha sido por momentos muy violento, como el fin de “la tablita” de Martínez de Hoz, la hiperinflación de Alfonsín, la larga agonía recesiva iniciada a fines del gobierno de Menem, y la explosión de la convertibilidad en el año 2002. Y si bien luego de esos episodios se produce una cierta recuperación, nunca se llega a los niveles anteriores (siempre se queda peor).

Así la sociedad se va “adaptando” a peores condiciones de vida, y toma con más naturalidad esta regresión fenomenal que ha dañado a nuestro tejido económico y social, como no había sucedido nunca en nuestra historia. Lo esencial de las políticas públicas no cambia, ya que son impuestas por los sectores más concentrados del poder económico, que han logrado “disciplinar” a los distintos gobiernos. Y frente a tal magnitud de poder y al peligro de ser “castigados” por los que lo manejan, gran parte de la dirigencia argentina se ha ido adaptando a estas “reglas de juego”. Valoriza más ser confiable para los poderosos, aunque se desgaste frente al pueblo; que oponerse al poder y correr el riesgo de desestabilizarse. Pero no entienden que con ese comportamiento, a la corta o a la larga, siempre dejan de ser útiles al poder (porque van perdiendo legitimidad), y terminan arrojados al tacho de la basura (desestabilizados por el poder de las minorías, y repudiados por las mayorías populares).

Dentro de esta lectura más política, las elecciones sirven para renovar las expectativas. Y las realizadas el pasado 23 de octubre del 2005, tienen como marco un nuevo intento de legitimar al gestor actual de esos intereses tan poderosos (que vienen gobernando desde las sombras sin desgastarse). Sólo que no se puede asegurar hasta cuándo durará la coexistencia de un discurso progresista (para mantener la gobernabilidad de los de abajo) y una política económica y social que favorece a los más concentrados (para mantener la gobernabilidad desde arriba). La ruptura de ese delicado equilibrio significará el fin de esta experiencia, y surgirá posiblemente un nuevo intento de oxigenar la democracia, pero sin afectar la marcha de fondo del proceso.

Es innegable que por la fase del ciclo económico interno en el momento de asumir Kirchner, como por las excepcionales condiciones externas favorables, este gobierno tuvo mucha suerte. Esto le dio oxígeno para mejorar relativamente la situación social (si la comparamos con la caída al abismo que significó el año 2002) sin llegar a afectar en forma significativa a la estructura del poder en la Argentina. De continuar las condiciones internas y externas favorables (lo que se daría por lo menos durante un año más), habría margen para continuar legitimado y sin mayores obstáculos. Pero también podría cambiar el escenario, y la complicación de la situación obligaría a tomar decisiones que pondrían en peligro ese equilibrio inestable que condiciona a los gobiernos democráticos en nuestro país. En tal caso, el panorama sería de gran incertidumbre.

En este análisis político, la cuestión democrática no aparece como de disputa entre los partidos tradicionales, sino como ofertas realizadas por nuevos y viejos dirigentes políticos, dirigidas al poder económico, para demostrarle quiénes son más confiables y pueden ser más eficaces a la hora de legitimar este sistema. Vistos desde esta perspectiva, ninguna de las ofertas actuales (de proyectos que tienen su correspondencia política y electoral) significa una alternativa superadora que conduzca hacia un futuro mejor para todos. Se requiere, por lo tanto, pensar en la construcción de una verdadera alternativa al neoliberalismo.

En este juego de coqueteo político frente al poder dominante, y de incapacidad de esta democracia para construir una sociedad para todos, es más necesario que nunca comenzar a transitar un camino diferente. Hay un requisito básico e ineludible: frenar el actual proyecto neoliberal depredador, y superar el modelo neoliberal alternativo, vestido de ropaje progresista. “Ni recomposición de la derecha más reaccionaria y recalcitrante; ni dominio hegemónico de la derecha más “civilizada”. Esta disputa contra ambas variantes es esencial para crear las bases hacia una opción desde los sectores populares, con una estrategia que debe ser amplia, pluralista y participativa” (1).

Pero volviendo a la evocación inicial sobre el 30º aniversario del golpe militar que dio inicio a la dictadura en 1976, está claro para el pueblo argentino que si bien la democracia formal y funcional al poder debe cambiarse, nunca más un gobierno dictatorial debe aceptarse como solución ni puede generar expectativas. Todo lo contrario, el camino es transformar esta democracia al servicio de los poderosos, para convertirla en una herramienta útil para el cambio social.

Luis Lafferriere – Febrero 2006

**Profesor titular de “Economía Política” (UN Litoral) y de Economía (UNER)
Director del Proyecto de Extensión “Por Una Nueva Economía” (UNER)**

NOTAS:

- (1) Lafferriere, Luis. “Argentina en la encrucijada”. En Cuadernillo Temático “Desde el Fondo”, de la Fac. de Trabajo Social, UNER, octubre de 2005.
- (2) Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputados sobre fuga de divisas en la Argentina en el año 2001. FLACSO-Siglo XXI Edit.
- (3) Forero, Néstor. “Deuda Externa y Crimen Social en la Argentina”, noviembre de 2004.
- (4) Biblioteca de Consulta Microsoft® Encarta® 2005. © 1993-2004 Microsoft Corporation.